

de mucha ilustración, de grandes aptitudes y de recto juicio."

Octavio Mancera.

* * *

A lo anteriormente dicho por el Lic. Mancera, poco tendríamos que agregar, puesto que la conducta inmaculada de nuestro biografiado, se revela en lo anteriormente escrito.

Nosotros, que sí tenemos la brillante hoja de servicios del caballero Coronel Lodoza, podemos asegurar á nuestros lectores que tiene conquistada inmarcesible palma de inmortalidad por las siguientes acciones de guerra:

«Azogueros.»

Loma Alta.

Peñuelas.

Silao.

Calpulalpam.

Sitio de Guadalajara.

Campaña de la Sierra de Querétaro que concluyó con la derrota de Taboada en Cadereyta.

En San Cosme y al lado del General Ignacio Mejía, resistió el ataque de 800 caballos.

Batalla de Jalatlaco.

Combate frente á Orizaba contra los franceses.

Defensa de la Plaza de Puebla contra los mismos.

Escaramuza en la Laguna de Tlahualilo contra los traidores.

Defensa de Zacatecas contra Miramón, encontrándose en el pequeño grupo que defendía al Sr. Juárez y su gabinete.

Sitio y ocupación de Querétaro.

Batalla de Atexcal.

Defensa de San Luis Potosí contra el Imperio.

Defensa de la Plaza de Zacatecas contra el General García de la Cadena.

Escaramuza en «Unión de Adobes.»

Tales son en sinópsis los hechos de armas más notables de nuestro insigne biografiado á quien ligeramente hemos bosquejado.

Amigo leal y sincero se ha captado la estimación del Supremo Gobierno en diferentes épocas, desempeñando la Mayoría de Plaza, cargo delicado y de confianza. Jefe del E. M., Jefe interino de Armas y multitud de comisiones de la Mayor confianza. En su destierro en París hacía circular entre sus camaradas un periódico manuscrito, con caricaturas, procurando sostener y conservar la dignidad de México.

Volvió después de su protesta á que nos hemos anteriormente referido; pero con la aclaración que faltó hacer al Sr. Mancera de que Lodoza la había hecho siempre que Europa entera reconociese el llamado Imperio.

¿Pero para qué extendernos en más detalles acer-

ca de la carrera militar del Coronel Lodoza, si lo dicho basta para comprender que ha sido un leal servidor del Gobierno, un pundonoroso militar, un liberal que ha sostenido la integridad de su territorio y un ciudadano que ha merecido el bien de la Patria?

El Sr. General Díaz que tiene conocimiento del valer de tan ameritado militar, creemos que muy prontamente utilizará sus servicios en bien de la nación, recompensándolos en puestos más elevados del que actualmente desempeña.

Abelardo Quintana.

GENERAL DE DIVISION SOSTENES ROCHA

BOCETO

«Es difícil que haya no sólo en el país, sino en el mundo entero, en la actualidad, un hombre de armas que cuente tantos combates.» Dice un biógrafo de Rocha.

Quien sabe si sea cierto; pero lo que si no hay que dudar, es que, pocos hombres de la generación actual han sido tan valientes, tan atraviarios y que, como el General Sostenes Rocha, corrieran tantas aventuras.

Le gusta al General la empresa no sólo porque por su profesión debe afrontarla, ni porque en su alto puesto deba acometerla, sino porque cuando joven siendo Subteniente, gusta hoy aún, de provocarla.

Tenía yo pocos años y era Alumno (Cadete del Colegio) cuando una bala que no debió tirarse, partió de entre las filas y atravesó la tabla del pescuezo del caballo que montaba el General. Mandaba éste las tropas de la guarnición de México, que hacían un simulacro.

Parecióle al General cosa corriente, lo ocurrido, ó, como á César, al desembarcar y dar por tierra, en Africa, le pareció prudente conjurar cualquier agüero con un dicho: «Me parece, dijo, que el simulacro es digno de mí: corre la sangre.»

César dijo: «Africa, te tengo asida.»

No volvió á hacerse allí mención de aquel suceso; pero, como fuera que algún impertinente de aquellos que en los simulacros, los banquetes, y en plena paz están dispuestos para dar la vida por sus corifeos, dijese al General, á voz en cuello: «que lo de la bala fué traición que se le había hecho, (al General), y que su tropa había querido asesinarle por orden superior;» el General, gritando, dijo: «Eso es mentira! Mis soldados no tiran contra mí: y ustedes todos van á verlo.»

Mandó distribuir á toda la tropa munición de

guerra; número desigual de cartuchos á cada uno; indiferente el número, como que no pudiera averiguarse quien quemaba algunos cartuchos; mandó distribuirles más parque de ejercicio, cargar con este y hacer un fuego por hileras, y luego á discreción en una línea de tres mil y tantos infantes. Recorrióla el General del uno al otro costado, á distancia de veinte á treinta pasos y frente á ella, repitiendo sus paseos, hasta que se agotó el último tiro.

Mandó entonces tocar alto, y entre la aclamación y vivas de la tropa, se retiró seguido de su escolta de caballería á ocupar su puesto de batalla y mando.

Como para el más grande Capitán del mundo, no se había fundido hasta ese entonces, el proyectil que hubiera de matarle.

Sucedió también aquella tarde un incidente que si bien pequeño, era de aquellos, que, como toda una batalla, ofrecen peligro eminentísimo, y que, sin embargo, y por innecesarios son oscuros, y conducen á las veces á un fin tragico y á un olvido el más completo.

Para reemplazar el caballo que le habían matado al General, trajéronle un hermoso colorado, inquieto, brioso, asustadizo. Los amigos del General en Jefe creyeron que debían probarlo á ver si el caballo estaba en condiciones de ser montado. Ninguno allí lo conocía,

El General Cosío Pontones es jinete; es campirano; de los más cumplidos jefes de caballería. Trepó de un salto al lomo del corcel; pero este arqueando el cuerpo, plegándose á las ancas, arrojando espuma y caído á los jarretes, dió un salto furibundo, azotándose en las rocas, para atrás, de espaldas sobre su jinete.....

Fué milagro que nadie se explicó; pero el jinete y el caballo, levantaron vivos de esa caída.

Cien caballos buenos, hermosos, mansos, le ofrecieron al punto al General, que con estoica calma había seguido aquella escena; pero él con voz de mando, imperiosamente dijo: «Montaré el que tiró á Pepe.» (llamaba así á Cosío Pontones.)

Hizolo como lo dijo y concluyó en él la fatiga.

De Alejandro el Magno se cuenta cosa igual, hecha por él, cuando aún no era el aquilón, azote de la Persia; y con su inmortal guerra del Oriente, y como por aquellos países á galope, y á través de muchos siglos, ha llegado hasta nosotros el «Bucéfalo.»

Bucefalia es monumento histórico del hípico recuerdo.

No había en aquellos días popularidad, ni reputación más grande que las del General, en el ejército. Los políticos, le veían con miedo y con admiración. Su figura, su nombre, su presencia marcial, iban unidas á otros nombres: Lo de Oveja, La Bufa, (Za-

catetas) Ciudadela, Tampico, San Loreuzo, formábanle cortejo y una aureola.

Su figura militar era figura legendaria.

La idea de su individualidad y la de la guerra, por asociación indisoluble, estaban tan unidas, que no podía pensarse en la una, sin imaginarse la otra.

Su voz de trueno era cañón, que como los del consulado hacía «reclamo» y era como la señal de cita y orden de acudir, de los guerreros.

Montado en su caballo; mandando á sus soldados no hallareis, después de Molke, soldado tan cumplido, tan cabal, tan hermoso y tan completo.

Su corpulencia, como la de Mirabeau, es también macisa y es cuadrada; sus mejillas son altas, abultadas en los pómulos los cuales con la ceja huesosa y bien poblada y prominente forman una cuenca ancha y profunda en cuyo fondo, como centelleo de hoja de sable herida por el sol, como fulgor eléctrico de tempestad, rebullense dos ojos—pequeños más que grandes,—algo oscuros; pero con un fondo opalino, como el de esas piedras que producen visos, y á las que, por su semejanza con los irrisados ojos de los tigres, dan tal nombre: los del General, sus ojos son de león! Sus facciones son abultadísimas, gruesas, son muy grandes. Parecen propias, como para modelarse en bronce y elevarse sobre pedestal.

Sobre el caballo, el General, frente á su tropa, le creis en una altura; crece á vuestros ojos. Su voz tiene algo de rugido. Sus ojos no ven solo á sus soldados; persistentemente los vereis clavados en el horizonte, como si á los dilatados negros poros de la nariz, quisieran ayudarle á encontrar la luz de una fogata, el humo de un disparo ó polvo de las avanzadas. Frente á la tropa, al General, le falta sólo el enemigo! Nació para pelear.

«Los Generales, no los hago yo; los hace la victoria» decía Napoleón á un cortesano, que quería calzarse espuelas en la alfombra. Qué pocos Capitanes son, los que, como Napoleón decía, los hace la victoria! Pero nuestro Rocha es de estos.

No siendo más que Coronel, toma á Chihuahua; distinguese en Santa Gertrudis, y, por su lado, cada cual, y sus dos jefes piden su Despacho, Terrazas por lo de Chihuahua; el vencedor de Reyes, Escobedo, por Santa Gertrudis; y uno y otro, distantes entre sí, como de común acuerdo. Recibió entonces el Grado.

Por lo del «Cimatario,» el 27 de Abril del año de 67, cubriéndose de gloria, y dándola á su patria, sobre el propio campo recibió el Empleo.

Montesinos, Doria, Cázares y Yepes con 2,000 escasos hombres, batiendo, acribillando; materialmente empujando, sepultando, corriendo y arrojando á 7,000 imperialistas en Querétaro, compartiendo con su General los honores de aquel triunfo. La Nación les vive agradecida.

Sobre el «Campo de Tampico» ya en la Plaza por el asalto, dueños de ella, recibió el invicto Rocha, este mensaje:

«Dése vd. a reconocer por sus heroicos soldados como General de División.

B. JUÁREZ.

Sobre el campo de batalla, recibió el último ascenso.

La primera gerarquía militar de México, ha sido ha mucho tiempo, violada por su gloria, y, el General se encuentra como ociosa y sin material ni objeto digno de la actividad de su alma.

El General es escritor.

En su juventud hallaba lides, encuentros y amores que le arrebatan tiempo a sus estudios y eran, objetivo, aplicación y válvula de seguridad y escape de su poderoso genio.

Su indomable voluntad hallóse a prueba de la voluntad indomabilísima de Miramón.

Riñeron un combate: Subteniente era el grande hombre y Rocha era soldado; alumno solamente: lu charon hasta desfallecer: su escudo y su arma eran los puños y el origen de la riña fué un *bolazo* (pequeño y blando proyectil de migajón, miga de pan usado en los colegios.)

Miramón llamó a Rocha más tarde, y conociendo su infantil fiereza le invitó a cuidar su espalda en amorosa cita. Recibió Rocha la parte respectiva en la paliza propinada a Miramón aquella noche y la leyenda dice, que de tal modo lucharon los futuros héroes, que quedaron dueños de la *dulcinea* y del campo.

Miramón entonces con la formalidad que da el bozo incipiente y estrechándole le dijo: «Cuande tenga vd. algo que pedirme, me lo pide, Rocha.»

Miramón había ganado en lance de armas, fiero y muy formal su charretera.

Los alumnos todos ascendieron, y su cargo era honorífico.

Miramón era muy niño y habría tardado en recibir ascensos; tanto, que el Director de la Escuela Militar al depositar en sus manos su Despacho, cariñosamente le decía: «Vaya, hasta Presidente de la República, ahora, *perdido!*»

Miramón era muy niño; de añadidura muy travieso.

Su Director sin presumirlo, anunciábale a aquel joven, lo que después de pocos años iba a ser: el jefe del país.

Lo era casi: vencedor en veinte combates, pasaba por Querétaro, y llegábase a la casa del Gobernador de aquel Estado, cuando su camarada Rocha le gritó.

Nuestro Rocha hallábase en capilla: se le iba a fusilar.

Recórdole el ofrecimiento aquel de aquella noche, y Miramón le libtó.

No falta casi nunca algún carácter que se oponga frente a un genio.

Bonaparte y Filipeau se educaron juntos en una Escuela Militar de Francia: salieron ingenieros; Bonaparte murió de Emperador y el otro oscurecido; pero en el fuerte de «San Juan de Acre»,— en la ciudad maldita,— defendiendo Filipe u, y batiendo a Bonaparte, privó por entonces de tomar aquella plaza y de haberse hecho Emperador de Oriente.

Si la conciencia popular de México y el Siglo, no fueron vencedores en Querétaro de un Rey, lo fuera Rocha. Miramón en entrevista militar le dijo: «Rocha, usted es el que nos está perdiendo.»

—«General, díjole Rocha: la causa que usted sigue no es buena: La Patria antes que todo, y luego, soy republicano; cumplo mi deber.»

Se separaron.

En el Cimatario, Rocha mató las ilusiones del Imperio y la esperanza de su salvación.

Miramón en otro tiempo, a pesar de su Maximiliano, se hubiera hecho Emperador, como sobre Zuluaga se hizo Presidente.

Batióse Rocha en el Colegio, no sólo con ese hombre y a cerrado puño.

Con el joven Villaverde, compañero suyo, y a pistola, batióse en otra vez.

Se ha batido el General en duelo serio, personal, diversas ocasiones.

Batióse en una, con otro desalmado y sin más testigos que hombres de su especie pues el duelo se verificó con un revólver por toda arma. Le tocó tirar primero a su adversario, un Sr. Corella tío de D.odoro, el bizarro jefe, compañero luego de gloria de Don Sostenes, muerto en Epatlán. Le supultó una bala en el costado. Pidió a gritos la pistola Rocha para disparar él a su turno; y, con la mano izquierda puesta sobre la sangrante herida, como para impedir con esto la hemorragia, y con la diestra firme y ojo certero derribó por tierra a su adversario.

No ha mucho estuvo a punto de dejar sin vida al General Gayón, brillante y digno contendiente suyo, en otro lance.

Batiéndose a la espada Rocha, es un jaguar. Su fuerte en armas blancas es el sable. Diestrísimo es en la pistola. El, así como Rafael David y Carlos de Borbón, ganáronse en París, en los mejores tiros, la medalla de oro.

Su carácter es, lo he dicho, atraviario. Proponedle si queréis alguna empresa; cualquiera que ella sea; nada le importa. Os dirá en seguida que está prestó y lo estará. Pero teneos, aseguraos bien en la silla y apretad firmes las piernas, porque hay que hacer también y que aceptar lo que él proponga.



Su compadre Don Carlos de Borbón—que Don Carlos es compadre suyo—lo invitó en París á acompañarle en viaje por el aire. Tomaron pasaje á bordo de la canastilla de un globo libre, allá en la Plaza de Greve, y, sin encomendarse á Dios ni al Diablo, á merced de todos los vientos y sin dirección ni rumbo fijo, hiciéronse á *la vela*. ¡Pero á qué vela, señor! Que si la mala estrella de Don Carlos les conduce entonces rumbo á España, ya yo entiendo la recepción que las buenas gentes de esa tierra me les hace.

Pero no: la fortuna es hembra en todo tiempo y se enamora del valiente y del audaz.

Llegaron no sé dónde; ellos mismos, entónces, lo ignoraban; frontera de Alemania. Preguntando á algunos campesinos,—cuando el globo estaba próximo á caer—«¿En dónde estamos?» Contestaron ellos —«En el aire.»

Sus cualidades militares son incomparables.

Hablando de él ha dicho el General Troncoso, que: «Es valiente hasta la temeridad: se mete mucho, dice; pero con inteligencia, y, cuando así conviene hacerlo. Es fecundo en planes; diestro en sus combinaciones y dotado de grande «ojo militar.»

Su principal virtud consiste en no vacilar nunca.

Debió á esta prenda genial de su carácter, el glorioso triunfo de Querétaro.

Mandado con dos cuerpos por el General en Jefe á restablecer la línea de circunvalación deshecha, rota por una gruesa columna imperialista que por inexplicable falta militar contramarchó volviéndose á la plaza, se encontró el General con que, advertida probablemente, de su error, volvía á la carga, en la seguridad de aprovechar la brecha que dejara abierta un momento antes, ó de romper el sitio nuevamente.

Tiroteaba en retirada á esa columna de siete mil soldados, el Coronel Juan Doria, célebre después por su famosa carga de ese día.

Rocha que de por sí acostumbra á reconocer el campo, final presunto de batalla, posesionóse al punto de la situación: siete mil hombres al menos en columnas paralelas; la elevación de una colina de por medio, esto es entre los dos pequeños batallones de Infantería que estaban á sus órdenes, y los siete mil soldados enemigos; Doria en retirada, señalando con disparos más que ineficaces, la dirección del enemigo esto era todo.

Comprende Rocha al punto que enmascarados entre sí los dos ejércitos, por la colina, sería el triunfo, del que de los dos primeros, desplegárase en batalla; conoce él bien la situación, y es su ventaja. Repite á Doria al punto la orden de batir; vuelve á sus infanterías y sin vacilación les grita: «al orden de Batalla, á desplegar al frente. Marchen.» Y sin detenerse gana el vértice de la colina.

Sobreviene el choque inesperado por los imperia-

listas, que en el orden de columna disparan para el cielo y se revuelven y hacen bola, en tanto que los intrépidos y bien mandados Batallones de Yépes y de Montesinos, faltos, además, de municiones, cargan á la bayoneta eficazmente, secundados por el inmortal Juan Doria.

Cuando vuelta el alma al cuerpo de los enemigos, se dan cuenta de sus reiteradas faltas y del número del adversario, emprenden la ofensiva; pero es tarde: Cázares con otro Batallón, con el que el General Rocha contaba, llega al campo y un diestro y hábil «Paso de las líneas», mandado por el General, resuelve el éxito de la jornada. Cimatario, Querétaro; 27 de Abril son sinónimos, del hecho aquel glorioso de las armas.

La carrera militar de Rocha es sarta de brillantes hechos; no escasean en ella actos heroicos.

Contra los franceses en San Lorenzo, pierde el tercio de su gente; ve caer junto á él al heroico y bravo Rivera, segundo suyo en el mando, envuelto en la bandera, y con el corazón partido de un balazo; y, cercado, preso, envuelto, encerrado y flanqueado en todas direcciones no se rinde, sino cuando para recoger su espada, llega un jefe de su graduación y digno de empuñarla.

Rocha, como los más grandes Capitanes es escritor, es orador, y apasionado del arte.

Pensamiento suyo escrito en el *album* de la Alhambra, es fama, que es mejor y el más grande que inspirara el monumento arábigo.

«La riqueza, el oro, todo se convierte en humo: dichosa mansión esta, que transforma el humo en oro.»

Celebradísimo es aún en la Habana el anterior concepto de Don Sóstenes, puesto por él en el *album* de la más antigua casa elaboradora de tabacos.

«Bajo el *schaó* de militar de Rocha, existe un poeta,» dice Peza, y es verdad. Dejemos que él describa,—tomando el cuadro de su Esquiridión,—las impresiones que en su ánimo produjo la ensangrentada enseña de su Patria, nuestra bandera prisionera en Francia; blandón de gloria, ardiendo triste, como vacilante lámpara, en el sepulcro del gran César, en la cúpula de los Inválidos.

«A mediados de 1878 llegué á Europa y me dirigí á París, lugar que había escogido como mi principal residencia. Instalado en esa hermosa ciudad, mi primer proyecto fué visitar los famosos museos, que son el encanto de los turistas, sobre todo, cuando éstos son artistas. Comencé por el museo de artillería, que me ofrecía la doble ventaja de ver la preciosa colección de armas que hay en él, pues sin interrupción se pueden estudiar aquellas de que han hecho uso los hombres desde la edad de piedra hasta nuestros días; y la no menos importante de visitar

la tumba del más famoso capitán de ios tiempos modernos, de Napoleón I, puesto que dicha tumba está en el cuartel de Inválidos, lugar en donde se estableció desde la época de aquel guerrero el museo de Artillería. Un día, pues que admiraba yo aquel monumento de riquísimos mármoles en donde se hallan depositadas las cenizas del genio de la guerra, y después de detenerme un poco ante cada una de las tumbas que encierran los restos de sus más famosos tenientes, me dirigí á una especie de camarín que hay en la parte posterior del sarcófago, en un salón semicircular en donde se encuentran artísticamente colocadas banderas de diferentes naciones y que la Francia ha adquirido como inmortales prendas de sus victorias.

No pensaba en aquellos momentos en mi patria, mi pensamiento sólo se ocupaba de lo que veía y mi imaginación se entretenía en recordar las campañas de aquel soldado audaz que con su espada había conmovido todos los tronos de la vieja Europa; pero repentinamente sentí que el corazón me saltaba en el pecho, que las lágrimas se agolpaban en mis ojos y una profunda impresión se apoderaba de mi alma. Acababa de reconocer entre aquellas banderas la de mi batallón, la que perdimos en San Lorenzo, todavía manchada con la sangre de Rivera y ostentando en su centro el glorioso escudo de nuestras armas nacionales. Imposible me es explicar lo que sentí; sólo puedo asegurar que hasta ese instante vine á conocer el amor de la patria y el amor de la bandera. Impulsos irresistibles me asaltarán de coger aquel glorioso lienzo, besarlo mil veces y correr hasta mi alojamiento llevándomelo.»

**

Difícilísima es en sus detalles la fisonomía política, militar y pública de Rocha; ni bosquejada á grandes rasgos puede conseguirse señalarlos todos.

Paso por alto sus batallas: la de la Buía es digna de los más ilustres generales. No desdenarían de agregarla á su hoja de servicios, y en ninguno de los tiempos, los de Europa.

Prisioneros, muertos, heridos y dispersos; todo en grande. Tren de guerra, parque, cañones y bagajes, cojido al enemigo, sería materia digna de la enumeración. Pero he querido pintar sólo el aventurero y jovial tipo de soldado de *pur sang* que, sin perder de vista su carácter, su misión y su deber; su responsabilidad ante la historia; conserva pura su jovialidad, su travesura y genio de cuando era Alumno.

¡Carácter peculiar á aquellos, que ejercieron en la guerra, fascinadora magia sobre sus soldados!

Napoleón, ya Cónsul, se divertía en apagar al poeta Lemerle la luz con que éste velaba.

Quería pintar al hombre que, después del glo-

riosísimo y sangriento asalto y toma de Tampico, cantaba en público en un teatro y para cosechar dinero para los heridos en unión del General Ceballos, joven General entonces,—el Benjamín de todos,—el *Duo* de Puritanos.

Si ni esto he conseguido, quedará no obstante, su marcial figura viva en nuestra historia; y el recuerdo vivo del patriota que ante la gloriosa tumba de otro soldado, derramó una lágrima por su bandera.

EL SEÑOR CORONEL

CLEMENTE M. VILLASEÑOR

No atreviéndonos á delinear la personalidad interesantísima de este distinguido Jefe del Ejército Republicano, copiamos en seguida, previa autorización del autor, la biografía que publicó la *Revista Militar Mexicana* y la que nos parece la más exacta y el testimonio más elocuente de las virtudes cívicas del dignísimo Coronel Clemente Villaseñor.

«Era el año de 1861,

Se resentía aún el país, agitado como de geológicos estremecimientos, por la devastadora guerra de tres años, durante la cual doscientos mil hombres, hincaron en él sus garras destrozándolo á girones, incendiando y asolando todo aquello que no pudieron llevarse, cuando sentaba plaza de Alférez de Guardia Nacional, en Jalisco, un mozalvete de apenas diez y seis años, oriundo de ese Estado.

Era entonces el mes de Agosto de 1861, y un año después, concurría á la defensa de Guadalajara contra el reaccionario Lozada.

En esa época fecunda de campañas, surgió mi biografiado. Su fusil no va á enmohecerse, ni su vida va á estar á cubierto de peligros. Tratábase entonces de sacudir el ominoso yugo imperial que nos mandara el pequeño Napoleón, como si México, nación, patria de libres y de valientes, pudiese consentir una tutela extraña!

Entonces, en la segunda guerra de Independencia, y luego en la campaña de Tuxtepec, fué en donde el afiliado nuevo desplegó sus bríos, y cuando obtuvo la mayoría de sus ascensos.

Presentaré desnudos los méritos del soldado, sin tratar de abrillantarlos con un ropaje de púrpura, ya que no lo necesitan, pues que se recomiendan por sí mismos, y para no ruborizar la modestia de mi biografiado, que la tiene, y grande. Vaciaré, no más que vaciaré su hoja de servicios en estas pálidas líneas. No será otra mi tarea, ni es otra mi intención. Con eso tengo bastante porque la hoja es bien nutrida; y no

sé si aún deba omitir algo á fin de no traspasar los límites en que me propongo ceñir este artículo.

En 1864, Alférez todavía, combatió contra los franceses en la campaña del Sur de Jalisco.

En 1866, llegaba á Teniente, hecho por el General de División Nicolás Régules, y en 67 á Capitán de Caballería Auxiliares, por el Supremo Gobierno. Con esos grados combatió á los franceses. Y durante ese período de 1861 á 1867, además de las dos acciones de guerra ya apuntadas, se halló en la que contra el partido enemigo se librara en Agosto de 64, en el Chiflón, y en la cual llevó el mando el General Isidoro G. Ortiz; tres meses después en el combate de Tingüindin contra franceses y aliados; días más tarde en el ataque de la Plaza de Toluca que diera el General Riva Palacio; en 1865, el 6 de Enero, en el ataque y toma del Real del Oro, en Junio del mismo año en el sitio y toma de la Plaza de Uruapan, en Julio en el combate en la «Alberca» frente á Tacámbaro, contra belgas y traidores.

En los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre del año mismo estuvo sucesivamente, en la ocupación de Tamazula, en el ataque que sufrió la Brigada del General Zepeda por el traidor Carriedo; en el ataque de la Plaza de Maravatío, en el ataque y toma de Angangué dado por el General Régules y en el ataque y toma del valle de Temascaltepec llevado á buen resultado por aquel mismo General.

Como se vé, no fueron hasta entonces pocas las ocasiones en que como bravo combatiera el Coronel hoy, Villaseñor, ni fueron por ende pocas las veces en que con desprecio de su vida expusiera esa misma vida en los campos de batalla, frente á la boca de los fusiles y á las metrallas del cañón. Bastaban ya esos encuentros para darle reputación de patriota y buen soldado, de soldado valiente, y para justificar la gerarquía militar en que hoy está encumbrado, pero el País necesitaba todavía mayor derramamiento de sangre para ungrir con ella sus derechos, y para afianzar por modo estable su paz y su libertad, dando al traste con el dominio invasor que corroía las entrañas de la República extendiéndose por todos sus horizontes; y así fué que, después de aquellos combates, tuvieron aún las armas nacionales que aprestarse á nuevas y sangrientas luchas, en tanto el Sol fulguraba en el zenit de la Libertad.

Fueron muchos todavía los encuentros, y en diversos de ellos tocó estar á Villaseñor; y Villaseñor, siguiendo el general impulso de los buenos, á moción de patriotismo, combate y sigue combatiendo, y pelea en el Cerro de la Palma contra el traidor Méndez; en Marzo en la acción de Tenguecho, y en el mes anterior en la que se diera en el llano de «Magdalena,» á inmediaciones de Uruapan.

Con menos ya se ostentan, con justicia, galardos

nes, y timbres y laureles; pero el Coronel Villaseñor, repito, entró á las filas, en época de lutos y conflictos para la Patria, y le fué útil, y le debe el país, que no es ingrato.

Si batiéndose aguerrido en cien combates; si luchando cuerpo á cuerpo en defensa de los derechos y de las instituciones de la Patria; si prodigando la existencia en el peligro, y exponiendo en fin el pecho á las balas enemigas, tras haber abandonado el caliente hogar, y con desprecio de los lazos de la sangre, no es escalar los peldaños que conducen á la gloria, entonces esa palabra es irrisión y es letra muerta; pero si no, si el guerrero que se bate con fuego y con pujanza y obtiene, como Villaseñor, menciones honoríficas á raíz de un valiente guerrear, y obtiene triunfos, se le enzalsa y llega hasta la gloria, entonces mi biografiado,—y no es lisonja, sino acatamiento á la justicia,—lleva harto camino andado en la escala de la gloria.

Había pasado algo más que un mes del combate de Santa Isabel, en que el General Escobedo aniquiló por completo las fuerzas de Brian que fracasaron en el asalto intentado, quedando en manos nuestras, prisioneros los pocos que sobrevivieron, cuando el 18 de Abril concurría el Capitán de Caballería entonces, Villaseñor, á la acción que tomó el nombre de Acción de Cohaguayana; y el 18 de Diciembre de ese año, —de 1866—el mismo día en que en número de 28,000 hombres salieron de México las tropas francesas, cuando Maximiliano, ya listo á partir se resolvió en fin á quedarse en México y luchar hasta el último trance, y cuando el Sol aún oreaba con su lumbre la sangre derramada en «Miahuatlán», batalla, timbre de gloria de Porfirio Díaz en la que á la cabeza de 2,000 hombres atacó con ellos el 3 de Octubre la columna que había partido de Oaxaca y que mandaba el General Oronoz, aniquilándola completamente, y en la que murieron doscientos cincuenta cazadores y su jefe, un oficial francés, y todos los oficiales franceses y mexicanos de su destacamento quedando el resto hecho prisionero; y la sangre derramada en la «Carbonera», combate no menos importante que el anterior, librado también por aquel héroe, dos días después de la última fecha mencionada, y como el de «Miahuatlán», también contra el General Oronoz, quien escapado el 3 de Octubre volvió á Oaxaca, con algunos ginetes que se reunieron á la guarnición que en ese punto había y que en su mayor parte estaba compuesta de austriacos; volvía á verse Villaseñor en el peligro y en el reflejo de las bayonetas dirigidas siempre al pecho, en la acción de «Coronilla» contra franceses y traidores.

Tocó á mi biografiado, á lo que creo por lo que me enseña su hoja de servicios, agitarse y revolverse en territorio de límites; dentro de su mismo Estado,